

Huellas de Amighetti

Evocación de las fibras creadoras del maestro

Hace menos de cinco años falleció el maestro Francisco Amighetti. Desde entonces, muchas personas que lo conocieron han procurado retratarlo en palabras, tratando de evocar su calidad, no solo como artista y escritor, sino también como ser humano. Se ha hecho referencia al amplio alcance de su obra gráfica, que se asomó a lo sórdido, a lo trágico y a lo sublime; a la transparente sencillez de su poesía y de su prosa autobiográfica; a lo amable y generoso de su trato personal; a la natural fecundidad de su conversación y de sus clases, siempre ricas en citas y experiencias, siempre sin pretensiones, siempre con buen humor.



CARLOS FRANCISCO ECHEVERRÍA

Pero todos los que han escrito y escribirán sobre Amighetti, incluyendo al autor de estas líneas, inevitablemente sentirán que sus textos se quedaron cortos, que las palabras no pueden transmitir lo que había de esencial en él, lo que el maestro provocaba en quienes se sentaban a escucharlo. Sé de varias personas que sintieron cambiar sus vidas luego de una sola

conversación con Amighetti, no porque les dijera nada trascendental ni mucho menos porque él se propusiera influir en modo alguno en ellas, sino por lo que él mismo encarnaba.

Reconstruir la presencia. Recordar su voz y su gesto, ver sus grabados y pinturas, leer sus escritos, nos permite a quienes lo conocimos reconstruir la presencia de Amighetti en el teatro de la memoria. Hacerlo en un escenario material y visible es mucho más difícil. Posiblemente porque en la danza confluyen varios lenguajes artísticos —el del cuerpo, el de la música, el de la escenografía—, dos distinguidas bailarinas y coreógrafas costarricenses se han atrevido a esa creación. La primera fue Marla Castillo, con la Compañía Nacional de Danza. Ahora lo hace Sandra Torijano, con sus discípulos de la Universidad de Michigan, en una ambiciosa coproducción con la Universidad de Costa

Rica y con música magistralmente compuesta para la coreografía por Eddy Mora.

El equipo productor de este nuevo espectáculo —que incluye también al escenógrafo Eduardo Torijano— no se propuso representar a Amighetti, sino evocarlo. La coreografía se desenvuelve en forma paralela al proceso creativo del artista. Nace en el silencio. En él se insinúan formas y expresiones que poco a poco, junto con la música, se van convirtiendo en una estructura, van creando una atmósfera. En la penumbra de esa atmósfera emergen gestos, situaciones, relaciones, tensiones que evocan las que alguna vez movieron las fibras creadoras de Amighetti. El maestro se asoma en sus personajes, en sus nostalgias, en sus sueños de niño viejo. Es él, pero reflejado en un grupo de creadores de danza y de música.

No piense. La obra se estrena hoy, jueves, en el Teatro Eugene O'Neill del Centro Cultural Costarricense-Norteamericano. Si el lector acepta mi consejo de asistir, permítame darle otro: no piense. Deje que su espíritu derive, al aire de las notas musicales y al movimiento de los cuerpos. Se encontrará en un espacio sereno pero intenso. Allí, en ese espacio, encontrará a Amighetti.